

Notas sobre París, México y la literatura latinoamericana

Christopher Domínguez Michael

A los latinoamericanos nos gusta decir que París fue, al menos durante largos períodos a través de dos siglos, la capital de la literatura latinoamericana. Las razones de este deseo manifiesto han sido estudiadas con detenimiento y pueden resumirse en un acuerdo tácito firmado en ambas orillas del Atlántico. Desde la América española y portuguesa, la elección de Francia fue una manera fructuosa de evadir a la arisca madre patria peninsular y al envidiado enemigo estadounidense. Y vista desde París, la predilección fue aplaudida, más por conmiseración que por un verdadero compromiso, cuando el Segundo Imperio popularizó la noción de una «América Latina». La admiración de los argentinos, de los mexicanos, de los brasileños o de los nicaragüenses le salía bastante barata a la cultura francesa, dado que más allá de algunas islas del Caribe –la gran excepción sería Haití– o de la malhadada aventura de Maximiliano, los españoles, los británicos y los estadounidenses se las arreglaron para impedir que Francia tuviese verdaderas posesiones en el Nuevo Mundo. Excluida de las responsabilidades y de los riesgos coloniales, Francia podía alimentar la empatía de esas tierras cuyos letrados soñaban con ser admitidos como invitados de honor al banquete de la latinidad. Y, aunque esporádica, la recepción francesa de las letras hispanoamericanas fue estimulante o decisiva, según el caso, desde Jorge Luis Borges y Alejo Carpentier hasta Carlos Fuentes y Roberto Bolaño.

París, cuya capitanía general del siglo XIX se extiende a varios momentos de la siguiente centuria, perteneció a los exiliados y a los turistas de todo el orbe. Desde Turgueniev hasta Kundera, fue capital de la cultura eslava y aún lo es de muchas literaturas árabes y africanas, como lo fue de la Generación Perdida. Ciudad cosmopolita antes que multicultural, París suele aceptar al escritor extranjero con entusiasmo hasta convertirlo, como en el caso de Ionesco, Cioran o Jorge Semprún, en patrimonio de la lengua francesa. Notables escritores his-

panoamericanos, como César Moro, Vicente Huidobro, Copi, Héctor Bianciotti y Silvia Baron Supervielle han transitado del español al francés.

La trágica historia política latinoamericana –no menos tempestuosa, por cierto que esa historia francesa de la que ha sido a veces sublimación, a veces parodia– nutrió a París de una permanente presencia, renovada con cada generación y con cada tirano, de escritores y artistas latinoamericanos, desde fray Servando Teresa de Mier y Simón Rodríguez a principios de 1800 hasta las víctimas de las dictaduras militares de los años setenta del siglo XX. En París, teatro de la modernidad, la condición latinoamericana encontraba la medida, jubilosa o melancólica, de ese desarraigo que Octavio Paz y algunos otros han destacado como el principio de nuestra madurez.

«Uno no nace parisino, se hace», han repetido como manda todos los aventureros que como el propio Lucien de Rubempré han decidido lanzarse a la conquista de la vieja Lutecia, tan cruel con los temperamentos débiles y tan generosa con quienes han logrado domarla. No es un exceso retórico decir que, al cabo de los años y sobre todo cuando a principios del siglo XXI, ciudades como Berlín y Barcelona han desplazado a París de su condición paradigmática, que las mitologías parisinas no serían las mismas sin las obras y las figuras de Julio Cortázar, Miguel Ángel Asturias, Julio Ramón Ribeyro, Elena Garro, Teresa de la Parra, Lydia Cabrera y Saúl Yurkiévich¹.

México ocupa un lugar secundario en esta mitología parisina. Sin duda, desde Amado Nervo (1870-1919) hasta Jorge Volpi (1968), París ha seguido fungiendo como uno de los centros donde se legitima la pertenencia a la élite mundial de la literatura². Pero sorprenderá a quienes conozcan más a los países sudamericanos que a México, no sólo el escaso número de escritores mexicanos que hicieron de París su residencia permanente, sino la pobreza comparativa del *spleen* en la escritura mexicana, una vez agotada la generación modernista en años coincidentes con el triunfo constitucional de la Revolución Mexicana en 1917. En el tránsito entre los siglos XIX y XX, por ejemplo, ninguna de las novelas hispanoamericanas de tema parisino fue escrita por un mexicano, siendo obras del francoargentino Paul Groussac (*Fruto*

¹ Jason Weiss, *The Lights of Home. A Century of Latin American Writers in Paris*, Routledge, London, 2003.

² Sobre este concepto, véase Pascale Casanova, *La República Mundial de las Letras*, Anagrama, Barcelona, 1999.

vedado, 1884), de los argentinos Eugenio Cambanceres (*Música sentimental*, 1884) y Ricardo Güiraldes (*Raucha*, 1917), del venezolano Manuel Díaz Rodríguez (*Ídolos rotos*, 1901), o de los chilenos Manuel del Solar (*Rastaquouere*, 1890) y Alberto Blest Gana (*Los transplantados*, 1904)³. Hasta las ricas presencias en París de Alfonso Reyes (en 1924-1927) y de Octavio Paz (en 1945-1952), esa ciudad siempre fue para los escritores mexicanos una vacación, un puesto diplomático, una beca académica, en fin, sólo una inspiración pasajera, aunque no por ello infértil, frente a las arduas bregas de la mexicanidad.

Las brasas del siglo: 1945-1968

A las diez de la noche en el Café de Inglaterra
salvo nosotros tres

no había nadie

Se oía afuera el paso húmedo del otoño

pasos de ciego gigante

pasos de bosque llegando a la ciudad

Con mil brazos con mil pies de niebla

cara de humo hombre sin cara

el otoño marchaba hacia el centro de París

con seguros pasos de ciego

Octavio Paz, «Noche en claro» (1958)

La estancia de Octavio Paz (1914-1998) en París, como tantas cosas en su vida, fue excepcional. Acompañado de su esposa Elena Garro y de su hija Laura Helena, Paz se instala en la ciudad, como tercer secretario de la embajada mexicana, en diciembre de 1945. Había estado en París por primera vez en 1937, antes y después del Congreso Antifascista de Valencia. Pero será esa experiencia de posguerra, según recordará en numerosos otros textos y poemas, el momento capital de su formación intelectual, a través de diversas zonas del afecto y de las ideas: el surrealismo (Benjamin Péret y André Breton), el marxismo heterodoxo (Kostas Papaioannou y David Rousset) y el encuentro con otros poetas que, franceses o extranjeros, hacían de París, tras los fuegos de la guerra mundial, las brasas del siglo.

³ Julie Jones, *A Common Place. The Representation of Paris in Spanish America Fiction*, Bucknell University Press, Lewisburg, 1998, pp. 14-15.

«Mi vida», dice Paz en *Itinerario* (1993), «dio otro salto en 1945: dejé los Estados Unidos y viví en París los años de la posguerra. No encontré ni rastro de la revolución europea. En cambio, el Imperio comunista –porque en eso se convirtió la unión de repúblicas fundada por los bolcheviques– había salido del conflicto más fuerte y más grande [...] Encontré una Francia empobrecida y humillada pero intelectualmente muy viva. Perdida su antigua influencia artística, París se había convertido en el centro del gran debate intelectual y político de los últimos años. Los comunistas eran muy poderosos en los sindicatos, en la prensa y en el mundo de las letras y las artes. Sus grandes figuras pertenecían a la generación anterior. No eran hombres de pensamiento sino poetas –y poetas de gran talento: Aragon y Éluard, dos viejos surrealistas–. El primero, además, escribía una prosa sinuosa y deslumbrante. Un temperamento serpentino. Frente a ellos, dispersos, varios grupos y personalidades independientes, como el católico Mauriac, sarcástico y brillante polemista. Malraux se había afiliado al gaulismo y había perdido influencia entre los intelectuales jóvenes, más y más inclinados hacia las posiciones de los comunistas. La mirada más clara y penetrante era la de Raymond Aron, poco leído entonces: su hora llegaría más tarde. Había otros solitarios; uno de ellos, aún muy joven, Albert Camus, reunía en su figura y en su prosa dos prestigios opuestos: la rebeldía y la sobriedad del clasicismo francés. Jean Paulhan, otro solitario, tuvo el valor de criticar los excesos de las «depuraciones» y de enfrentarse a la política de intimidación de los intelectuales comunistas. Una roca en aquel océano de confusiones– el poeta René Char. También, aislado, en el centro de las mermadas huestes surrealistas, André Breton. Pero los más apreciados, leídos y festejados eran Sartre y su grupo. Su prestigio era inmenso, lo mismo en Francia que en el extranjero»⁴.

Pocos como Octavio Paz entre los intelectuales latinoamericanos aprovecharán la experiencia de París para pasar de testigos a protagonistas de su siglo, o para decirlo con su famosa frase de *El laberinto de la soledad* (1950), a ser contemporáneos de todos los hombres. En París, Paz no sólo redacta éste último libro sino prepara su primera recopilación poética, *Libertad bajo palabra* (1949). Y también desde esta ciudad divulga la denuncia de David Rousset de los campos de concentración soviéticos, logrando que se publique en la revista *Sur*, de

⁴ Octavio Paz, *Itinerario*, FCE, México, 1993, pp. 81-82.